

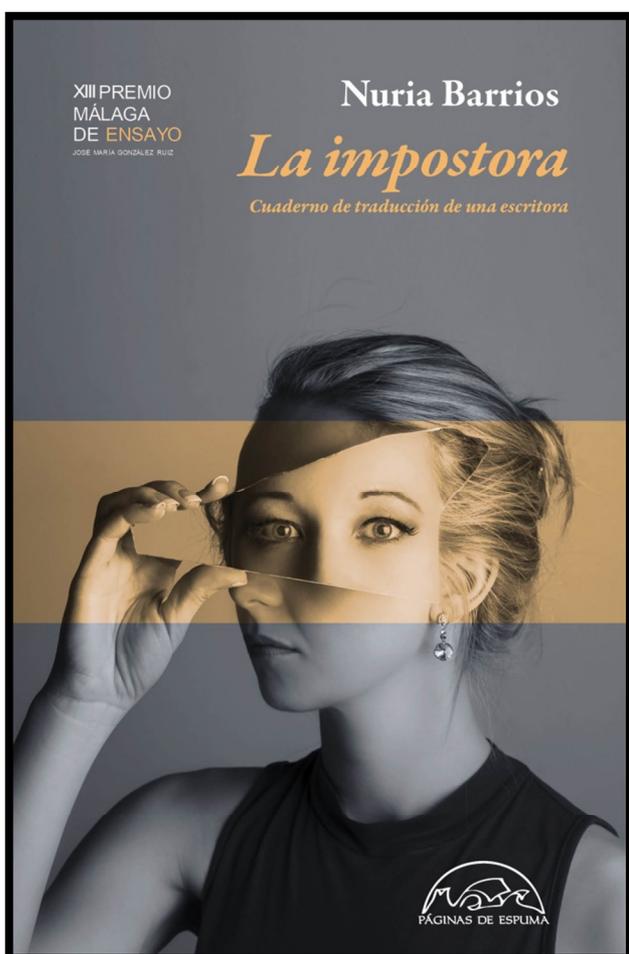
Nuria Barrios

La impostora

Cuaderno de traducción de una escritora



XIII Premio Málaga de Ensayo



Editorial Páginas de Espuma

91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com

Información: www.paginasdeespuma.com

¿Cómo traducir una impostura?

La impostora es un ensayo literario sobre el fascinante oficio de la traducción, una tarea que tanto se parece a la vida. Por sus páginas desfilan las primeras experiencias de extrañeza con el lenguaje, que remiten al Paraíso y a la torre de Babel; los falsos axiomas, basados en traducciones erróneas, sobre los que se funda nuestro orden político, religioso y cultural; la peligrosidad de un oficio erróneamente considerado una tarea casi doméstica; algunos extraños y llamativos casos de traducciones famosas realizadas por escritores no menos famosos; el importante papel de las mujeres en el mundo de la traducción y su escasa visibilidad; la sensación de impostura que es propia del desempeño vital y que tan clara se muestra en la traducción, donde ser Nadie es condición imprescindible para ser Alguien... Esa plasticidad originaria es la carne del arte y la raíz de nuestra capacidad para ser esto o aquello o, más bien, ésta y aquélla, éste y aquél. La impostora es un viaje por nuestra historia y asimismo a lo más hondo de nuestra identidad. Y es, sobre todo, un apasionado canto de amor al lenguaje y a la imaginación.

“Ser una impostora, como la traducción descubre, es parte del oficio de la vida. Cambiar, ser otras, no ser nunca la misma es mi destino. Es nuestro destino. Nacemos de lo fluido, no de lo que es inmutable. Tener conciencia de ello no tiñe de falsedad los actos. Sé bien que soy lo que no soy y que no soy lo que soy. Saberse impostora es asumir como propia la alteridad y convertirla en un ejercicio de hospitalidad.” [p. 146]

“La traducción es el único modo humano de leer y escribir al mismo tiempo. Es un texto original que se inspira en otro. Es una ficción basada en hechos lingüísticos reales. Es un acto de amor retribuido palabra por palabra. Es una escuela de escritura. Es una escuela de lectura. Es una escuela sobre los recursos de la lengua materna. Es una escuela sobre los límites de la lengua materna.” [p. 141]



© Asís G. Ayerbe

Nuria Barrios

Nuria Barrios es autora de las novelas *El alfabeto de los pájaros* (2011), *Amores patológicos* (1998) y *Todo arde* (2020); de los libros de relatos *Ocho centímetros* (2015), *El zoo sentimental* (2000) y *Balearia* (2000), y de los libros de poemas *La luz de la dinamo* (2017), ganador del Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, *Nostalgia de Odiseo* (2012) y *El hilo de agua* (2004), ganador del Premio Ateneo de Sevilla. Como cuentista está presente en numerosas antologías, la más reciente: *Tsunami, miradas feministas*.

Entrevista

Comencemos por lo más evidente: el título. La impostura como actitud, como un punto de partida (o llegada) o como espíritu ante la creación, la escritura, la traducción. Ser o sentirse “impostora” entra de lleno en el debate de muchas escritoras del panorama actual. ¿Cuál es su concepción e intención en su utilización?

¿Quién no ha sentido alguna vez que estaba representando un papel? En nuestra sociedad, ese sentimiento posee una connotación negativa, se identifica con la farsa o el engaño. El llamado síndrome de la impostora está catalogado como un trastorno psicológico. Las mujeres lo sufrimos especialmente. No nos sentimos legitimadas cuando tenemos éxito, poder o relevancia social. Mi ensayo es una defensa apasionada de la impostura, saca el concepto del plano emocional y lo lleva al plano existencial. La conciencia de no ser una, sino muchas, es la raíz de la libertad y de la imaginación. Es la base del juego y del placer. Revela además la falsedad de todo

discurso identitario. La traducción es un caso claro de impostura: la traductora suplanta la voz de otros. La vida es un *ballo in maschera*.

Desde un yo se arma este ensayo creativo y literario, una suerte de camino de su mano por las certezas y las incertidumbres de su labor como traductora a la luz y a la sombra de la escritora que también es. ¿Qué voluntad biográfica, personal hay en este ensayo?

Una voluntad mayor de la que nunca imaginé. *La impostora* arranca con el cataclismo personal que experimenté con mi primera traducción. La escritura siempre me había ayudado a hacer conocido lo desconocido, pero la traducción hizo desconocido lo conocido: convirtió en extranjera mi propia lengua, al descubrir su arbitrariedad, y me convirtió en una extraña para mí misma. Traducir, una actividad que yo suponía agradable, reveló ser un perturbador viaje vital. Escribir sobre la traducción se convirtió en una reflexión sobre la incertidumbre, una indagación sobre nuestra identidad. La impostora es también un espejo.

Hay una decisión argumentada en el ensayo: el uso del género femenino como intento de normalizar lo anormal (“parte de mi cultura como mujer”, dice), para dar cuerpo y voz a “fantasmas” (“El fantasma en el libro es a menudo mujer”) y crea una perspectiva de género a la hora de abordar la escritura y la traducción. Explíquenos cómo llegó a este puerto.

Soy escritora y el lenguaje es mi herramienta para luchar contra los vicios del poder, perpetuados por la lengua oficial y refrendados por la RAE. ¡La RAE, tan androcéntrica! Decidí escribir *La impostora* utilizando el genérico femenino para dar voz a las silenciadas y rescatarlas de la sombra. Mi decisión quiere ser asimismo un revulsivo para los lectores. Yo no escribo solo para las mujeres o solo sobre las traductoras, pero uso el genérico femenino para combatir una discriminación asombrosa, aunque se ejerza sin ninguna voluntad consciente. El genérico masculino es poco genérico y muy masculino. Según los últimos datos de ACE Traductores (Asociación Colegial de Escritores y Traductores de España), el 64% de los traductores colegiados son mujeres y el 36%, hombres. En las aulas universitarias donde se estudia Traducción, el 90% de los estudiantes son mujeres. Sin embargo, solo 13 mujeres han sido galardonadas con el Premio Nacional de Traducción que, desde 1984, otorga el Ministerio de Cultura. Y solo ocho han recibido el Premio Nacional a la Obra de un Traductor desde 1989. Trece de 48; ocho de 32.

Es fundamental el umbral entre la escritora y la traductora donde se vierten los mecanismos del cambio lingüístico, de la transformación personal, del desplazamiento a un lugar desconocido, de la dislocación de la mirada y un largo etcétera. Háblenos de esa casi doble personalidad creativa que la habita.

Soy una escritora que traduce. Como escritora, trabajo con mi voz, la exploro, la afilo. Cuando traduzco, he de abandonar esa voz para encontrar otra que refleje la del autor traducido. El olvido de una misma subraya el placer verbal: todo tiene que ver con el

lenguaje. La escritura, por el contrario, está teñida de identidad. La traducción me enfrenta con mis propias limitaciones como escritora. Me obliga a ampliar mi ámbito de trabajo para explorar zonas donde nunca me adentraría. En cierta manera, es un proceso de reinención. ¿Quién ha escrito entonces el ensayo La impostora? ¿La escritora o la traductora? El umbral entre una y otra no es una línea, sino un carrusel donde ambas viajan juntas. Cada máscara modifica la siguiente y, a su vez, es modificada por la anterior.

Traducir es leer e interpretar. Traducir es una posible traición (la fidelidad heterodoxa). Traducir se parece al amor. Traducir es una forma de migración. Traducir es el arte de la aproximación. Traducir es la afirmación de la mudanza permanente que constituye la vida. Traducir es aventurarse en la intimidad de la obra. Todas esas acciones, sentimientos, azares, emociones, nos obligan a preguntar: ¿y la traductora quién es? ¿Traidora, amante, aventurera, migrante, filósofa?

Es todo eso y muchas más cosas. ¡Es una impostora! Pero es, sobre todo, alguien que ama el lenguaje y que no consigue librarse de la fascinación que le suscita por lo que muestra y por lo que oculta, por su poder para crear y para destruir, por su música y su sorprendente plasticidad arquitectónica, por sus promesas y sus dificultades, por su deseo de dar voz al silencio, por su afán utópico de atrapar el mundo y por los mundos que descubre en el intento. Yo soy Nuria Barrios, soy John Banville, soy Benjamin Black, soy Amanda Gorman, soy James Joyce... Yo soy tú y todos los demás.